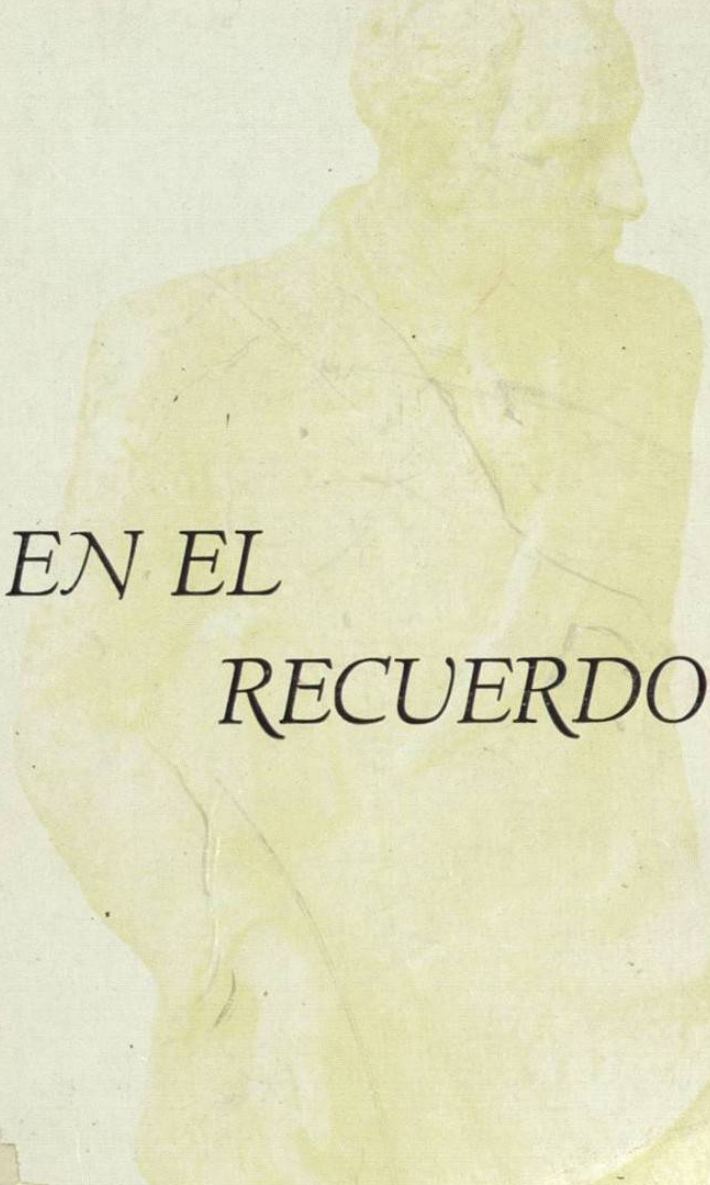
Porfirio Barba Jacob



EN EL RECUERDO

8179
3
1

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DEPARTAMENTO DE DIFUSION
OCTUBRE DE 1976

PQ8179
.B3
Z8
c.1

1080050346

Osorio, Mejus argel

SUMARIO

I/HOMENAJE A BARBA JACOB
Lic. Jorge Pedraza Salinas

II/LEYENDO A BARBA JACOB
José Alvarado

III/PORFIRIO BARBA JACOB
Lic. Raúl Rangel Frías

IV/ELOGIO DE LA CIUDAD. FRAGMENTO
Porfirio Barba Jacob

PQ8179
.B3
28

PQ8179
.B3
28

HOMENAJE A BARBA JACOB

Lic. Jorge Pedraza Salinas

En este año, en que conmemoramos el 150 Aniversario del primer periódico nuevoleonés La Gaceta Constitucional y se ha hecho un repaso de la obra periodística realizada en ese término, justo es rendir homenaje a uno de nuestros más destacados periodistas: Ricardo Arenales, que hiciera famoso también el nombre de Porfirio Barba Jacob.

Nacido en Colombia, Miguel Angel Osorio, después Ricardo Arenales, Maín Jiménez y finalmente Porfirio Barba Jacob, radicó varios años en Monterrey, ciudad a la que cantó al igual que Alfonso Reyes, Nemesio García Naranjo y Felipe Guerra Castro, entre otros.

Su primera presencia en México se registra en 1907, cuando contaba 24 años de edad. Participa en algunas publicaciones capitalinas y poco después se traslada a Monterrey.

Por aquella época gobernaba al Estado de Nuevo León el general jalisciense don Bernardo Reyes, padre del regiomontano ilustre don Alfonso Reyes. En el general Reyes, Ricardo Arenales --nombre que usaba entonces-- encuentra un gran apoyo.

En esta ciudad colabora en El Espectador, funda la Revista Contemporánea, y en 1919, en enero, crea junto con don Jesús Cantú Leal el diario "El Porvenir", uno de los periódicos más importantes de la provincia mexicana.

Fue Arenales el primer crítico que comentó seriamente la poesía de don Alfonso Reyes.

Este fundador de periódicos y poeta vagabundo, originario de Colombia, pertenece también --y en gran medida-- a Monterrey. Su cariño por la ciudad

quedó plasmado en sus ensayos periodísticos, pero fundamentalmente en el "Elogio de la Ciudad", en el que señala entre otras cosas: "Por donde quiera que se observe, nuestra ciudad es realmente magnífica..." y "el espíritu preside aquí las cosas grandes y pequeñas".

Su poesía --como afirmó él mismo-- esconde tormentas, relámpagos y aullidos. Aunque su obra poética es de poca extensión, la presencia de Monterrey ha quedado plasmada en ella.

La Revolución lo llevó a los Estados Unidos de Norteamérica. Anduvo después este poeta viajero por América Central y América del Sur. Conoció la miseria, los sinsabores y las modestas viviendas.

En 1930 regresa a México ya como Porfirio Barba Jacob, nombre que habría de acompañarlo hasta su muerte.

Este día, Monterrey le rinde homenaje en la obra realizada por el escultor nuevoleonés Federico Cantú, la cual presidirá el Centro Valle Verde para la Convivencia Social, realizado por la Junta de Mejoras Materiales de Monterrey, y la Universidad Autónoma de Nuevo León se une a este merecido reconocimiento con esta publicación que incluye las letras de dos de sus más distinguidos exrectores, Raúl Rangel Frías y José Alvarado.

No podría, por supuesto, faltar la voz del propio Barba Jacob, de quien hemos seleccionado un fragmento de su "Elogio de la Ciudad". Y junto con él queremos afirmar finalmente que "la ciudad realizará las grandes cosas que duermen ahora en el corazón de los tiempos".

LEYENDO A BARBA JACOB

José Alvarado

Hace pocos días un grupo de escritores organizó una mesa redonda acerca del poeta Porfirio Barba Jacob, muerto hace ya veintiocho años pero cuya estela legendaria transita aún por varios países de América, sobre todo en el seno de grupos de jóvenes en su tiempo. Algunos de sus poemas, nunca satisfactorios del todo para su atormentada inconformidad, perduran en las analogías continentales y se conservan en la memoria de gente de la condición más diversa. Amigo de los poetas de su tiempo, como Enrique González Martínez y Ramón López Velarde, y estimado por ellos, así como por hombres de generaciones posteriores, como Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta, acabó como un solitario sumido en su incurable angustia, errabundo por países y ciudades, fundador de periódicos y pontífice en cenáculos provisionales.

Lo rodeaba, a veces, gente de la calidad más plebeya y solía hacer gala de esto; frecuentábanlo jóvenes de índole distinta, amigos unos de la poesía, seducidos otros por su condición legendaria o socios de sus errores sombríos, llevado a éstos, acaso, por su desolación y su rebeldía, su afán contradictorio y su empeño donde disputaban la luz y la tiniebla. Perteneció, en suma, a la estirpe anacrónica de los poetas malditos.

En México habitó casi siempre en hoteluchos de baja estrofa, con paupérrimo lecho y muebles desvencijados. Allí, en las noches de invierno, solía ingerir y convidar una pócima a base de té de canela con miel de colmene y tequila. Allí escribía, por las mañanas, sus artículos para los periódicos. El fundó y dio nombre a los "Perifonemas" de Ultimas Noticias... Llegó a México en 1907, a los 24 años y pronto fue a dar a Monterrey como redactor del diario local más importante de esos años, El Espectador. Ya traía el poeta consigo su temblor ante el mundo, su sensualidad apasionada y su lucha tenaz por hacer de la palabra del verso el más armonioso instrumento de su alma y quizá, la vía hacia su salvación. Fundó la Revista Contemporánea, de breve existencia, en donde alojó muchas de las expresiones importantes de la sensibilidad y el pensamiento de ese tiempo y dio a conocer muchos valiosos poetas y humanistas sudamericanos. En uno de sus textos llamó la atención, por primera vez hacia Mariano Azuela a propósito de su novela Los Fracasados. La primera página seria y sagaz acerca de la poesía de Alfonso Reyes fue obra suya. Más tarde, muchos años

después, había de fundar El Porvenir, diario publicado aún y uno de los más importantes de la provincia mexicana.

La Revolución lo llevó a muchos sitios del país y anduvo por El Paso y por San Antonio, Texas; llegó, por corto tiempo, hasta Nueva York. Un día fue expulsado del país y volvió a Colombia, después de andar por todo Centroamérica. Estuvo en el Perú, en Cuba y en Jamaica. Vuelve a México en 1930, ya con su último y definitivo nombre de Porfirio Barba Jacob y aquí lo matan la tuberculosis y la miseria en 1942, a los cincuenta y ocho años de edad. Nació en Santa Rosa de Osos, como Miguel Angel Osorio; se hizo poeta incipiente como Maín Ximénez, sus primeros grandes poemas los firmó Ricardo Arenales y al fin queda en la conseja y en la poesía como Porfirio Barba Jacob.

Conoció los rincones más obscenos de la noche; pero supo asomarse a las estancias matinales más radiantes, torturado siempre. Supo de la miseria tenebrosa y el abandono del impaciente; fue cínico y, pese a su radical escepticismo, prodigó muchas veces la ternura. Fue la suya, se ha dicho, una originalidad amarga y áspera. Hay en las venas de mis versos, dijo de sí una vez: "Sangre clásica, romántica y simbolista", pero ya los veía como obra póstuma de un poeta ya muerto y en trance de renacer. No negó los ecos modernistas, mas al final quiso superarlos. Darío y Poe fueron sus maestros.

"Mi poesía -dijo más de una vez- es para hechizados; esconde tormentas, relámpagos y aullidos". En realidad sólo queda de él esa poesía vista como póstuma, pues no llegó a hacer otra y sólo dedicó su último esfuerzo a hacer de Acuarimántica un canto a la armonía, cuya primera versión es de 1908 y la última, tercera, de 1933, un poema intemporal. En rigor de verdad su tarea de poeta es de juventud y alcanza sólo hasta los 40 años. Y es de poca extensión: si se cuentan aun poemas rechazados definitivamente por su autor, no llegan a noventa. Más de los últimos tres lustros de su vida, Barba Jacob ya no era un poeta, sino un fantasma en lucha contra Satán..."("Laberinto", Excélsior, 12-VIII-70).

PORFIRIO BARBA JACOB

Lic. Raúl Rangel Frías

El siglo XIX no habría de terminar con la cifra final de la centuria, por lo menos en lo que atañe a los caracteres sociales y espirituales más destacados de aquélla que es conocida como "La Belle Epoque". En el viejo mundo se prolongará hasta fines de la guerra mundial I, en 1918. En México ocurrirá su fin a partir del derrocamiento de Porfirio Díaz.

Sin embargo de las similares datas históricas, los tiempos literarios del viejo y el nuevo mundo no van al mismo compás, sino más bien arrastrando el americano unas décadas de atraso al respecto.

Si bien, en muchas provincias mexicanas los poetas locales siguieron todavía la corriente romántica, era notorio a principios de la centuria XX, el modernismo. La nota de vanguardia para la lengua española la dió Rubén Darío; en la capital mexicana de las crónicas y los poemas de Manuel Gutiérrez Nájera en adelante, es ya lugar común el parentesco entre la pintura impresionista y la poesía del modernismo. La disolución de las formas y de los colores en el espacio particular de su iluminación propia, se corresponden con la intimidad, la música y el perfume de los versos modernistas. Un crítico francés saludó la nueva poesía apuntando en ella la invención de un nuevo estremecimiento sensorial.

A Verlaine, pontífice de la nueva poesía le dedicó Rubén Darío, a la hora de su muerte, bello elogio en el que lo llama padre y maestro, liróforo celeste.

En un poema de Baudelaire encontramos la parábola del poeta representada por el Albatros, criatura del cielo y del mar.

Los marineros --nos dice el poeta-- acostumbran por maldad y diversión capturar Albatros y dejarlos sobre cubierta para disfrutar, entre risas y burlas, de las torpes maneras, los tumbos y caídas del rey de los vientos y oleajes oceánicos.

Esta es la imagen del poeta y el mundo en el espejo de la ruin tropa

marinera. Lo representa así, por lo menos, uno de aquellos espíritus sensibles y mal avenidos a los negocios humanos. La sociedad y el mundo, como se le quiera llamar, calificó a éste y otros muchos jóvenes líricos, con el mote de "poetas malditos".

Uno de ellos es sin duda alguna Miguel Angel Osorio, nacido en Santa Rosa de Antioquía en Colombia; y que se hizo llamar sucesivamente Ricardo Arenales, Maín Jiménez y Porfirio Barba Jacob.

Si bien fue la cuna del poeta una roqueña aldea trepada en las cumbres de Los Andes, tal vez quiso el destino o las musas como lo dijo él mismo, burlar de intento, el augurio. Alzó el vuelo incipiente el aprendiz de la vida, vagabundo de América y poeta conturbado por las fuerzas oceánicas; descendió a Barranquilla y luego hizo girar el timón de su destino por islas y costas. Lo acogió un mar de esplendor, ritmos y colores: El Caribe en sus coros y danzas que acoplan la flauta antigua a las sonajas indígenas y los tambores de América y de Africa.

El encuentro de los sueños con los acentos que trae en la sangre lo empuja por un itinerario de alucinaciones. El poeta viajero trae un canto en que duele y rezuma ternura la arcilla americana; pero el vaso en que está modelada centellea de ópalos orientales, gemas de las joyas incaicas y un tiburón de sangre judaica, africana y Caribe.

En el vórtice de estas aguas que descienden por las venas de un Continente alimentado por la violencia e instruido de pávidas hazañas, el castigo y la crueldad, la voz americana que intenta seguir el paso y ritmo musicales de la poesía del mundo francés, apenas si acierta a una conciliación externa de la estrofa y la apariencia formal de una cadencia musical, que deja pasar por su interior, soles destruidos, piedras de templos en derrota, aguas de verdes espejismos, tinieblas de un sueño de magia y ritmos salvajes.

La figura física del poeta Barba Jacob se ajusta al perfil del cóndor de Los Andes, faz ganchuda con prominente nariz de pájaro, abultados párpados y lacios mechones que caen sobre la nuca como gollera de un buitre carnívoro al acecho. No era ciertamente el Albatros de la parábola marina, aunque igual el vuelo soberano de sus alas y la inmensidad del espacio en que bate su

corazón. Igual también el desconcierto de sus pasos en tierra, por haber nacido para la cumbre de una visión cósmica.

El poeta es un vidente cuyos pasos en nuestra nave planetaria simulan su extravío y la perdición del rumbo, para los simples mortales su contemporáneo. Está condenado al destierro y cada paso suyo es de pérdidas irreparables por las que ha de cubrir un precio de angustia y sangre; su sabiduría, sombras, ilusiones y misterio; exiliado de la propia residencia suya en la tierra.

Por este camino de espejismos alucinantes, lo asedian las voces y los ritmos, los fulgores de la sensualidad; y hacen por oficio servir de lámparas transitorias del sendero; avanza el viajero de un misterio por descifrar en su propia soledad.

¿A dónde va y cuál es el rumbo de sus pasos inciertos?

Ni siquiera lo sabe él mismo, que sólo ha dejado atrás la casa y el huerto amoroso. Camina a las playas de pueblos que se mecen en la cuna del mar Caribe, Honduras, Guatemala y la isla de Cuba. Nuevos vientos lo empujan al Valle del Anáhuac y por una providencia desconocida hace feliz estación en Monterrey, donde un hombre que gobierna con las armas y las letras a la par, padre del poeta Alfonso Reyes, lo acoge en un cenáculo literario, excepcional para la provincia mexicana.

Por aquellos años todavía no interrumpidos con el fragor revolucionario y bajo la paternal autoridad del general Bernardo Reyes, días regiomontanos de paz y trabajo; se dieron cita muy variados ingenios de las letras y de la poesía mexicana; y un testimonio perdurable de aquellas frecuentaciones de las musas con los hijos de Mercurio, fué la publicación literaria que animó el poeta Ricardo Arenales bajo el pabellón de la Revista Contemporánea.

Hay constancias poéticas, ensayos filosóficos, primicias narrativas, reseñas de libros y crónicas, que muestran la actividad intelectual y el poder de sugestión que ejerce el poeta colombiano. Estas páginas son el primero y el más grande trasunto de su energía juvenil y creadora.

Tal es el espíritu del fin de siglo: y muchos de los símbolos y movimientos para los años posteriores se instalan ya en esa congregación de conciencias interrogativas del futuro mexicano y de América, o de la propia cultura europea. La influencia de una literatura filosófica que viene de Shopenhauer y de Nietzshe. de Unamuno y de Margall; pero hay también huéspedes del nuevo giro poético que hacen Enrique González Martínez o Alfonso Reyes, o de la novelística en presagio que fueron las páginas de Mariano Azuela en "Los Fracasados".

Todavía signado por Ricardo Arenales aparece el texto primario de su poema clave: "Acuarimmantima"; poema filosófico en que se experimenta el nuevo simbolismo infundido de metáforas rítmicas y conceptuales, donde se evidencia una nueva estética y esa filosofía que sólo reconoce en el poema la unidad de la verdad y la síntesis de las apariencias del mundo. Línea de prolongación o de admiración que hace nuestro poeta colombiano del alma gemela y compañero de experiencias, del poeta francés Rimbaud con su "Temporada en el Infierno".

Los poetas y el mundo -la sociedad humana-, no eran llevados con simpatía recíproca en los mismos caminos de la vida. El producto industrial y sus efectos formales de mercancías para consumo, de un mercado con creciente avidez, rechazaba con recíproca fuerza de quienes también lo hacían por razones contrarias y enemigas, las creaciones poéticas de aquellos hijos insumisos, ángeles rebeldes e infernales, que como tales parecieron dignos de su expulsión y condenados a sus propios infiernos de desesperanza y agotamiento.

El poeta tiene su propio destino y las ciudades humanas también el suyo, pero alguna vez coincidieron dichosamente los días de éstas y la transparencia poética de aquéllos.

Y fue lo que ocurrió en uno de esos crepúsculos violentos del solar regiomontano, contemplado al pie de los farallones occidentales de las montañas que cantó Manuel José Othón. Ricardo Arenales produjó en esa visión un bello discurso platónico, bajo la fórmula de una conversación con un amigo; que tituló "Elogio de la Ciudad".

Una nueva emoción asoma en esas palabras hermosas y lúcidas, que

anticipan otro giro de la literatura humana, por los rumbos en que se ofrecen hoy obras literarias de esplendor increíble como las de Vargas Llosa, Cortazar. García Márquez. En lo que también despunta la emoción de la voluntad y la ética del poema si así puede calificarse, de la poesía americana hoy en vigor con Pablo Neruda y Octavio Paz.

Una poesía de la emoción activa en la construcción de los elementos verbales y los fundamentos poéticos de un mundo nuevo, civil y fraterno; fragmentario en los detalles pero combatiente en la buscada unidad del destino común de los hombres.

Ricardo Arenales o Porfirio Barba Jacob, son personajes de ficción literaria, instrumentos para librar de sus impurezas originales a la creatura terrestre en que todos hemos nacido consignados a los límites y los campanarios de una aldea; con señales y banderas de un manifiesto espiritual donde hay menos victorias que combates, destrucciones y caídas irremediables.

Recojamos ahora los signos poéticos de esta alma atormentada, cadenciosa y violenta de un antioqueño ilustre, que nos pertenece por igual a Colombia y México, a Nicaragua, Guatemala y Cuba. Su vuelo de pájaro que extiende las alas sobre el sueño de los colores y las músicas, de las varias tierras y los engañosos espejismos; del mar a las nevadas cumbres de Los Andes y la sobriedad heráldica del alto valle de México.

Esta deslumbradora ave de la poesía de Ricardo Arenales se lleva de nosotros algunas luces misteriosas que pudo contemplar desde los farallones que hacen nuestras montañas al occidente; y de las voces de la ciudad que suben en un coro de ritmos discordes, mezclados el golpe de los mazos a las vibraciones tensas de los metales y el zumbar de una energía múltiple, fértil y amorosa. El canto y el himno de los hombres de esta residencia, que se apoya en las montañas y hace de estribo para la visión total de México.

ELOGIO DE LA CIUDAD. FRAGMENTO

Porfirio Barba Jacob.

Por dondequiera que se observe, nuestra ciudad es realmente magnífica. Ese hombre que atraviesa la calle va con seguridad a su propio destino, absorto en la realización de su pensamiento, encadenado a las cosas menos trascendentales que hubo jamás, viviendo su propia vida interior; pasa egoístamente dentro de sí mismo. Y sin embargo, en sus pasos, en sus palabras, en todos sus menesteres, hay una virtud inmanente y fecunda. Y esa virtud, con la mía, con la del panadero, y la del conductor, y la del sastre, y la del poeta, y la del arquitecto, y la del colegial, forma la gran virtud colectiva, y es parte esencial de la virtud ecuménica superior á la muerte, que se dilata en grandes círculos concéntricos, en un movimiento inmortal y perenne...

El espíritu preside aquí las cosas grandes y las cosas pequeñas --si es que debemos hacer todavía ese distingo innecesario. Nuestras calles, nuestros paseos, el interior de nuestras casas, los teatros en que nos divertimos, han sido dispuestos con sujeción a un orden admirable, ni más ni menos que las celdas exagonales en la intimidad maravillosa de una colmena.

La sucesión del tiempo se encargará de enseñarnos el alma que se formó con el acoplamiento de cien mil inquietudes, y cien mil alegrías, y cien mil esfuerzos --ya frustrados o útiles-- dentro de un radio que se prolonga ensanchándose; y con un poco de atención cicunspecta hemos de ver cómo resalta, en el orden imperecedero de la Naturaleza, este gran corazón facetado como un diamante vivo.

Hay días en que parece que se remansa el afán de la lucha. Difúndese un saludable rumor, y la tranquilidad, como un soplo de los campos geórgicos, se derrama sobre todas las cosas. Y hace sol... o hace luna! La fuente ve caer su madejón que resplandece con la gloria del prisma en un silencio espiritual. Más hondo, en el santuario inexplorado, vigila en paz el instinto. Decid una palabra poderosa y la veréis caer, encenderse, llamear... Su influjo traspasará los dinteles, y la vibración sub-oída se pondrá de manifiesto en la superficie. Y entonces veréis que este corazón poderoso no había cesado de palpitar...

¿Qué imponente vocería sube hoy en la pureza de la mañana..? Banderas de triunfo se han levantado, y el horizonte se agranda, y todo adquiere la plenitud misteriosa que sucede á los grandes milagros creadores. El aire anda a batir los paramentos de júbilo y riega el eco de las cornetas broncíneas, y viene a desfallecer en los festones amorosamente. La púrpura se magnifica en el gran misterio de la luz. ¡Día de gloria! Los héroes resucitan al conjuro de la ciudad y, otra vez, al amor fue más poderoso que la muerte. El grito de los triunfos lejanos resuena bajo el templo. Es una repercusión de la vida inmortal. El presente se hace conciencia. La enorme voluntad de la raza, bajo el árbol fecundo, realiza un acto de la justicia inmanente.

Otras veces, diríase que la ciudad se desnuda y arroja el manto de su egoísmo a la manera de un desecho inútil. Viene aquí el dolor de una tragedia lejana. Se han abierto las grandes fauces de la muerte, y más allá del mar fue arrasada la campiña por quién sabe cuál secreto rencor de los dioses.... Ahora va a derramarse sin economía la piedad oculta de este corazón generoso!.

Dondequiera que se acercan los hombres bajo el instinto que tú llamas innecesario y cobarde, hay encendido un fuego santo que resplandece como las estrellas. --La ciudad religiosa, la ciudad mártir, la ciudad justiciera, la ciudad fraternal, realiza en cada minuto la plenitud de su vida; tiembla, bulle, florece, se deprime, se ensancha... Su corazón está templado en llama pura; es como el corazón salvaje de un monte y como el grave corazón de una floresta; pero es superior, por cuanto se ha hecho consciente.

Los detalles se mudan; lo transitorio desaparece con los siglos: la certidumbre de lo real subsiste bajo todos los cielos. De Sur á Norte, frente al oceáno clamoroso, en el trópico terrible y magnífico, sobre la nive hiperbórea, en el azul de las serranías, en la llanura feraz, á orillas del desierto, allí está la ciudad generosamente abierta; viviendo de sí misma; creando, magnificada por el amor y el dolor; --labra su poesía, que es la esencia pura de su voluntad; labra su sabiduría; labra su historia;- florece la inquietud, en grandeza, en amor; se baña en la misericordia de las lunas de enero; reluce entre las redes del sol; clava sus ojos en la celeste tragedia de los crepúsculos.. No pide: crea; no solicita: fojra; no muere: se renueva.

Y qué decir de la obra que ha realizado la ciudad y que realiza todavía, y que hoy nos separa infinitamente de las noches en el fondo de las cavernas, de los días errantes a lo largo de la llanura y al trote de las cabras; y de la gran voluntad aherrojada, que se consumió al pie de los templos, en nombre de dioses nunca vistos; y de las acometidas brutales, á la luz de la luna, bajo los muros del castillo, qué decir de esa obra! Ciertamente la ciudad no sólo se ha redimido a toda la especie. Y el gran milagro de fuerza que se consumára desde las cavernas hasta hoy, es la mejor garantía de que la ciudad realizará las grandes cosas que duermen ahora en el corazón de los tiempos.

..Aquí, entre las cosas simétricas, al otro lado de los parques que a ti te parecen, como jardines de papel, una falsificación de la Naturaleza, una falsificación lamentable; y en los palacios imponentes o en los cuartos humildes, y entre las fábricas atronantes, llenas de humo y de gases, aquí está la humanidad nobilísima que sueña y que trabaja, y está frente a la lucha, mirando hacia el siglo futuro. Los héroes cuyo nombre no ha de recoger la historia tal vez. Acércate a ellos. Son generosos o egoístas cuando se trata de ellos o se trata de ti, pero su virtud es tal, y es tal la fuerza de ella, que florece por sobre los detalles y ecuménicamente se derrama en el seno del mundo...

¡Los héroes! Nadie les recordará cuando hayan pasado cincuenta o cien años. No habrá razón para recordarles, dirá alguien. Realizaron tan pequeñas cosas.

Con cierta precipitación incoherente y aun disculpable, te he dicho mi pensamiento en lo que atañe a la grande armonía de este vigoroso organismo. Piensa por tu cuenta en la gran voluntad de vivir, de triunfar y de ennoblecerse que representa el acoplamiento de los esfuerzos entre los muros de París o de México. Repara en los detalles; por ejemplo, en la significación de una estatua expuesta libremente a la mitad de la calzada o en el pórtico de un palacio... He allí en forma exterior el culto al heroísmo: es decir; una manifiestación del espíritu; y tan significativa, que si meditamos en ella, de pronto nos parecerá que un hálito de inmortalidad nos envuelve.

Frente al crimen, o al amor, o á la noche --¡frente al siglo futuro!-- la

ciudad está de continuo realizando grandes cosas. Mientras el campo duerme, la ciudad piensa y trabaja. Mientras el campo está contenido en los límites del minuto que pasa, la ciudad extiende sus raíces en el pretérito y alarga sus manos laboriosas y ávidas hacia el porvenir. La ciudad que forja su historia y enciende sus esperanzas, eslabona realmente los siglos.

Lástima que los poetas no hayan auscultado este corazón formidable con la necesaria pureza de espíritu; o que si lo han hecho; nos tengan esperando el día de la revelación. Cierto que uno ha glorificado a su ciudad fecunda; y otro exaltó la enorme fuerza que arranca del hombre ciudadano, en aquellas odas bárbaras e inmortales; y otro encomia las virtudes proceras de una ciudad lejana y silenciosa:

A ti los relámpagos ciñen radial corona
A ti las tempestades rinden sus espaldas de oro

¡oh Popayán! --Pero es necesario que alguien condense de una vez el pensamiento de la ciudad abstracta, y diga de una vez los maravillosos secretos que esconde el alma urbana, llena de inquietud y de amor; esperanza y tumulto; sol y gloria.

Déjote al fin en paz, y que el Señor te guarde en ella. Me parece que habrás comprendido mi resentimiento por tus palabras de ayer, y al mismo tiempo, el amor mío hacia la ciudad --y hasta cierto punto, hacia la ciudad en que vivo, asentada en los confines del Norte, en el la "América ingenua" y que bien puede ser la ciudad-símbolo y, ante todo, la ciudad del poeta... Es deplorable que el espacio y el tiempo no me permitan escribir más en desagravio y en loor de la vida. Pero acaso sea suficiente. Suple tú las ideas intermedias entre la emoción y la lógica. En mi nombre agrega, al leer, el gran temblor de mis manos y la inquietud de mi espíritu. Y piensa, recorriendo los desiguales renglones, que cada uno de ellos es vivo testimonio de mi nobleza espiritual, y flor de mi energía, y energía de mi juventud, y juventud de mi alma. Y piensa que mientras toma la carta su camino por uno de los buzones que la ciudad ha puesto a mi servicio con admirable solicitud, me quedaré suspirando por el poeta del porvenir--Cristobal Colón o heraldo que descubra y pregone la nueva verdad de la

vida.. Y convirtiendo mi espíritu hacia esa niebla desvanecida y luminosa que vimos ayer desde los farallones del occidente, y que, se extiende ahora ante mis ojos emocionados, rompo a decir, con toda la fe de mi alma, los versos más fragantes que en la memoria conservo, y las palabras más nutridas de sinceridad y de música...

¡Qué desear para ti, gran ciudad, sino que te descubras a ti misma, y te levantes aún más que tus desnudas montañas, y te hagas universal, y te hagas eterna! Tus ojos pueden desgarrar la neblina del tiempo. Es hora. Fíjalos desde hoy en el gran esplendor de la Patria Futura. Oye la voz de tu poeta, si es que te tienes, porque el poeta es la conciencia del Universo. Embriágate con el vino de tu propia energía y prosigue hacia el horizonte. Ya me parece que veo, en medio de mi noche, la aurora de eternidad que circunde tus sienes. Oigo el ritmo de tu corazón. Y un poco de tu propia virtud, difundida en mi sangre, me hace presentir las dianas del triunfo. Adelante!.

Siempre adelante, fuerza viva, milagro de claridad, atalaya del alma latina, que resistir puedes las más duras borrascas del Norte. ¡Oh, mi ciudad --símbolo! Yo, que he de pasar, me extasío en ti, que permanecerás. ¡Yo, extranjero en toda la amplitud de la Tierra, que he venido a soñar en ti, pasajeramente, y a sentir en tus calles el hondo temblor de la vida!...

Biblioteca Central
Magna Solidaridad